

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

Orígenes de Cursillos de Cristiandad: la diócesis de Morón.

Carlos Alberto Crespo.

Cita:

Carlos Alberto Crespo (2007). *Orígenes de Cursillos de Cristiandad: la diócesis de Morón. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/318>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Orígenes de Cursillos de Cristiandad: la diócesis de Morón

Carlos Alberto Crespo

Facultad de Ciencias Sociales, UBA

lvccrespo@gmail.com

En el marco de la investigación *“Representaciones colectivas y poder social: catolicismo y poder económico en la Argentina de los años 60’ y 70”* conforme al programa de reconocimiento institucional de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), la siguiente ponencia presenta un esfuerzo de indagación en la especificidad del Movimiento Cursillos de Cristiandad en sus orígenes en la Argentina a partir del caso concreto de la diócesis de Morón.

INTRODUCCIÓN

En la actualidad se suele asociar distintos sectores del gran espectro que es la Iglesia Católica de manera casi indiscriminada sin considerar los antagonismos implícitos que conllevan dichas asociaciones. De acuerdo a esto, comúnmente se presenta todo un abanico de personas, grupos e instituciones de la Iglesia Católica (o que se reconocen miembros de ella) vinculados a los grupos de poder de la Argentina que incluye a Opus Dei, Movimiento de Cursillos de Cristiandad y ACDE, entre otros. El caso específico de los Cursillos presenta cierta particularidad debido a que en sus orígenes en Argentina fue vinculado al gobierno de Onganía a partir de una (no del todo) supuesta funcionalidad. De allí que se piense a los Cursillos en tanto “partido secreto” que legitimó el accionar del gobierno argentino de la década del sesenta (García Lupo 1968).

Nos proponemos abordar el caso de Cursillos de Cristiandad reconociendo una matriz común de pensamiento con el resto de los grupos mencionados pero intentando dar cuenta de su especificidad. Lo realizaremos a través de la experiencia concreta del Movimiento en la diócesis de Morón. Para ello nos hemos servido de la construcción de historias de vida de algunos miembros del Movimiento en sus orígenes y de distinto material bibliográfico.

Se podría preguntar cuál es el beneficio en abocarnos en el origen de una institución eclesial dentro de una diócesis que no fue pionera en su desarrollo y que más bien se posiciona como una diócesis marginal¹: en primer lugar, evidentemente enriquecería nuestra mirada acerca del fenómeno (posibilitando una posterior profundización); y en segundo lugar, aún más importante, mediante un futuro trabajo comparativo favorecería el “intentar pararnos en el lugar geométrico de las perspectivas, es decir, en el punto donde se dejan percibir, a la vez, lo que se puede y lo que no puede ser percibido a partir de cada uno de los puntos de vista” (Bourdieu, Pierre 1971: 30).

CONTEXTO DE SURGIMIENTO

Para comenzar creo oportuno realizar una breve descripción acerca de qué se tratan los “cursillos”. Los cursillos de cristiandad, ante todo, son unas jornadas de reflexión personal. En ellas un grupo de laicos (o todos varones o todas mujeres) convive en un lugar apartado de la vida cotidiana y durante tres días un equipo de trabajo lleva adelante distintas pláticas acerca de temas religiosos poniendo especial énfasis en el “valor testimonial”²:

“Que aquel que participa vea en la persona que lo está dando, no uno que sabe mucho, sino que vea un hombre o una mujer como uno. [Que diga] – ¡la pucha este con más, con los mismos problemas que yo, o peores, o más grandes problemas que yo, vive la alegría de sentirse cristiano con estos valores! ¿Y por qué yo no lo puedo hacer?”

Durante un tiempo no menor a seis meses este equipo de trabajo se prepara rezando por el cursillo, armando las actividades y resolviendo cualquier tipo de imprevisto. En general este grupo se compone por laicos con cierta trayectoria dentro del Movimiento asesorados por uno o dos sacerdotes.

Basado en unos retiros que realizaba Acción Católica para jóvenes, la primer experiencia que luego dio nacimiento a los cursillos fue en 1945 en Mallorca, España. En la Argentina el Movimiento recién llega en 1962 y la diócesis de Morón oficializa la actividad después de ocho años.

Sugerido en la introducción, podemos reconocer en el desarrollo del Movimiento de Cursillos cierta matriz de pensamiento católico que se forjó a principios del siglo XX y que no es necesariamente una exclusividad de la Iglesia argentina. Es lo que Fortunato Mallimaci denominó “catolicismo integral”. En oposición a una vivencia religiosa relegada al espacio de lo privado, el catolicismo integral rechaza quedarse reducido a la sacristía y disputa ámbitos disponibles más allá de lo estrictamente religioso con pretensiones de convertirse en hegemónico (en la política, en la economía, en la cultura, etc.). Provisto de cierta “autosuficiencia ideológica”, su objetivo, en última instancia, habría de ser conquistar el Estado para recristianizar a la sociedad. Sin intención de ser exhaustivos, podemos decir que dicha concepción en Argentina se consolida y expande a partir del fracaso liberal de la décadas del 30 y 40 (cfr. Mallimaci 1992 y Abásolo 2006). Sin embargo, el devenir de la historia provocó diversos cuestionamientos desde el interior del mundo católico a dicha concepción. El desenlace de la segunda guerra mundial (y la caída de regímenes nacionalistas europeos como la “verdadera” expresión de los valores restauradores católicos) junto al fenómeno del peronismo necesariamente hicieron repensar muchas cosas dentro del catolicismo argentino. Pero sin duda el evento de mayor relevancia del siglo XX para la Iglesia fue el desarrollo del Concilio Vaticano II. La defensa de las prerrogativas de la Iglesia y el rechazo de la pluralidad dieron paso en las sucesivas generaciones a la discusión sobre la libertad religiosa, la confluencia política con los no católicos y la cuestión social, pero ya sobreentendiendo que el rol de los católicos se encuentra más allá de lo delimitado por la vivencia íntima (cfr.

Zanca, José 2006).

Para comprender cómo se traduce en forma práctica este catolicismo que se niega a recluirse en la sacristía, vale el comentario de L.G. a partir de las consecuencias de su primera participación en un cursillo: “Y uno (...) se vuelca en otra forma, con un enfoque distinto, con un ideal de vida permanente, donde uno va mejorando, *en cada momento, en cada lugar que está ¿no es cierto? Va mostrando realmente el ser cristiano. En la familia, en el trabajo, en el hablar, en el compartir...*”.

Describen Di Stefano y Zanatta “el *aggiornamento* conciliar minó en el plano teológico la matriz tomista que regía la arquitectura institucional y cultural eclesial argentina como en pocas otras iglesias. Al hacerlo, es decir al legitimar el ejercicio de la crítica teológica y por lo tanto los fundamentos sobre los que la Iglesia argentina había construido una imagen de sí misma y de su ubicación en el pasado y en el presente de su comunidad nacional, el Vaticano II infligió un terrible golpe a la proyección temporal de tal perspectiva teológica: el mito de la “nación católica” (Di Stefano y Zanatta 2000: 478). Ya a mediados de los sesenta nos encontramos con una Iglesia que vive momentos de incertidumbre y de novedad, que se abre nuevos caminos y confronta con antiguas concepciones; la situación en el país tampoco presenta signos de estabilidad política o económica.

El golpe militar de 1966 inauguró el gobierno de la “Revolución Argentina”, de corte corporativista con intención de promover un modelo de desarrollo impulsado por el gran capital nacional y las empresas transnacionales, claramente liberal. Al mismo tiempo, dicho gobierno prohibió los partidos políticos, disolvió el parlamento, intervino la Universidad y distintas organizaciones gremiales, entre otras cosas. Como muy bien señala Rappoport: “el perfil del gobierno era bifronte: antiliberal en lo político y liberal en lo económico” (Rappoport 2000: 618). El gobierno en su intención de destrabar el desarrollo industrial llevó adelante una política económica que perjudicó a un vasto espectro social. De esta manera, los comerciantes, las pequeñas y medianas empresas, los funcionarios y empleados del sector público, los agricultores, los grandes productores agrarios y, finalmente, los asalariados vieron deteriorarse sus posiciones económicas (aunque no siempre en términos absolutos). De este modo se configura una situación donde el descontento generalizado y la ausencia de mecanismos representativos que permitieran su canalización fueron minando las bases del gobierno militar y en el año 1969 se produce el llamado “Cordobazo” que termina de desestabilizar el régimen imperante (cfr. Moyano 2002: 381). Un año después se realiza el primer cursillo de cristiandad en la diócesis de Morón.

ESPECIFICIDAD DEL MOVIMIENTO

Algunos especialistas justifican el surgimiento de los Cursillos en Argentina, así como distintos movimientos católicos, e. g. Opus Dei, el Movimiento Familiar Cristiano, etc.; como una especie de contrapeso del episcopado nacional o de la Santa Sede, a las numerosas corrientes de politización que fracturaban el

universo católico (Di Stefano y Zanatta 2000: 528 y 529). A partir del trabajo de investigación descubrimos una línea explicativa que puede complementar (o incluso hasta refutar en parte) dicha explicación. De acuerdo a ello, encontramos que en Morón, los cursillistas, si bien relegaron el papel del compromiso político³, cubrieron una suerte de expectativa particular de religiosidad (cristalizada en el impacto que tuvo el Concilio Vaticano II). El carácter de movimiento íntimamente laico, permitió que numerosos cristianos se conviertan en una fuerza, teóricamente obediente a la jerarquía, con un amplio margen de libertad de acción.

Acerca del impacto del Concilio Vaticano II nos señala L.G.: "...una Iglesia más abierta, una Iglesia más cerca de la gente, una Iglesia más dialogal, una doctrina..., donde el laico, el hombre laico tenía, empezó a tener participación. Antes era una separación tan grande entre lo que era el sacerdote y el laico abismal. El laico no era nadie. Nadie en el sentido, eh, era un elemento a catequizar exclusivamente ¿no es cierto? Pero no tenía injerencia, ni voz ni voto, no tenía. Y cuando, realmente en el Concilio Vaticano II, que es una cosa que no fue, si bien, ha sido una inspiración del Espíritu Santo, pero hubo gente que había estado trabajando desde antes; y se dio cuenta que había que escuchar a la gente, a la gente que está en la calle. Había que escucharla. Que es la que, que es la que promueve las realidades de la vida de las que lleva ¿no es cierto? Y no, a lo mejor, a los, a los sacerdotes y a los obispos, encerrados en sus quehaceres ¿no es cierto? Se quedaban encerrados en sus quehaceres y no veían ciertas cosas. No es que estuviera mal, pero bueno, era, era así. [...] Y es eso, fue un gran avance. Tanto es así que el movimiento de cursillos, en este caso concretamente, es lo que yo empezaba; habiendo conocido otras cosas de la Iglesia, lo abracé de una forma muy entusiasta, yo veía el entusiasmo de la gente, de la que se acercaba. En aquel tiempo, yo estoy hablando del año mil novecientos setenta, este, invitar, invitar a hacer a una persona el cursillo; lo ve a uno tan entusiasta, con tanto entusiasmo que decía: ¿qué pasa?, acá pasa algo. (...) Y eso fue creciendo una barbaridad. Y yo me entusiasmé tanto que me, me abracé a eso en tal forma, que sin darme cuenta sólo me fueron llevando también las personas que estaban al frente de ello ¿no es cierto? a encargarme responsabilidades “.

Para comprender en profundidad dicha lógica, traemos a colación las palabras de Pierre Bourdieu: “La práctica sacerdotal y, al mismo tiempo, el mensaje que impone e inculca, deben siempre la parte más importante de sus características a las *transacciones* incesantes entre la Iglesia [...] y las demandas de los laicos, que entiende dirigir religiosamente, y de los cuales espera su poder (temporal tanto como espiritual) [...] Para replicar a los ataques proféticos o a la crítica intelectualista de los laicos, el sacerdocio debe “fundar y delimitar sistemáticamente la nueva doctrina victoriosa o defender la antigua (...), establecer lo que tiene y lo que no tiene valor sagrado”, en resumen, dotarse de instrumentos de lucha simbólica a la vez *homogenea*, (“banalizados”), *coherentes y distintivos*, y ello en el orden del ritual tanto como en materia de dogma (corpus doctrinal)” (Bourdieu 1971a: 60 y 61).

La especificidad del campo religioso es que los sacerdotes, en tanto especialistas detentadores de la “administración del monopolio de los bienes de

salvación” no pueden competir por dicho monopolio desconociendo que el poder religioso es “el producto de una transacción entre los agentes religiosos y los laicos, en la cual los sistemas de intereses propios de cada categoría de agentes y de cada categoría de laicos deben encontrar satisfacción” (Bourdieu 1971a: 55). En este sentido, ante el avance de posiciones al interior de la Iglesia que deslegitimaban la posición de los sacerdotes -en tanto especialistas religiosos- en pos de mayor horizontalidad (por ejemplo privilegiando la concepción novedosa del Concilio de entender a todos los católicos -sean religiosos, religiosas, laicos o sacerdotes- partícipes del “sacerdocio común del Pueblo de Dios” mediante el bautismo; y la naturaleza de la revelación divina en tanto que “todo lo divino que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana lo pueden conocer *todos* fácilmente, con certeza y sin error alguno”⁴), los Cursillos se configuran no exclusivamente como un “contrapeso” doctrinal digitado desde Roma, sino más bien como un espacio de negociación para cierta subjetividad católica, donde los especialistas religiosos ganan en tanto conservan su posición dominante en las relaciones objetivas de la estructura del campo religioso. Tal vez a ello se deba el especial énfasis de los cursillistas entrevistados al rol del laico *en* la Iglesia desde el Concilio.

L.G. es muy explícito: “...Porque yo veía que la Iglesia, todavía había ciertas ataduras. Ciertas cosas demasiado rígidas y atadas a algo litúrgico. Y el nuevo avance que se había hecho a ese momento era dar la misa en castellano en vez de darla en latín. Así que, el sacerdote con cara al pueblo en vez de cara al altar. Ese era el único cambio que había llegado acá todavía. Porque costó mucho. Aún dentro del clero. Costó muchísimo, yo eso lo comprobé a lo largo de años. Costó mucho llegar, las novedades... [...] Nosotros le llamamos al que dirige, el que dirige el cursillo le llamamos rector. Es el responsable ¿no? como laico. No de la doctrina. El responsable de la doctrina, hay un sacerdote. Cada uno sabe cuál es el lugar que le compete [...] El sacerdote es el responsable de la doctrina. El se tiene que fijar que no hayan desviaciones de tipo doctrinaria. [...] Y el laico es el responsable de todo lo demás, de todas las actividades que hay que desarrollar para ir encaminando ¿no es cierto? Que ese cursillo llegue al último día, al final, a su objetivo propuesto...”.

Podríamos señalar que el Concilio Vaticano II asumió el carácter de ser, tal como señala Bourdieu, una producción “socialmente indiferenciad[a] que debe sus características, y en particular su ambigüedad, al hecho de que es el producto de la búsqueda del mayor denominador religioso entre las distintas categorías de receptores. [...] [Y] la hace disponible para las reinterpretaciones conscientes o inconscientes que operan los utilizadores sucesivos y los intérpretes profesionales...”(Bourdieu 1971a: 60 y 61)

Una segunda consideración nace del trabajo de Luis Miguel Donatello (Donatello 2000). Donatello explicita cómo ciertas trayectorias biográficas de católicos, con orígenes comunes a la de los entrevistados, desembocaron en movimientos revolucionarios, o de compromiso social. La necesaria pregunta sociológica es imperante: ¿en qué medida se diferenciaron? ¿cuáles han sido los factores socialmente determinantes en nuestro caso?

L.G. nos comenta una situación que permite graficar más claramente dichos

interrogantes: “Yo recuerdo perfectamente en el año, habrá sido setenta y tres, setenta y cuatro, no, antes setenta y dos, un amigo mío, un abogado, conocido mío, mi amigo, bah, un poco exagerado decirlo, era un político, estaba en la política, un día conversando en la plaza de Morón, nos encontramos, me invita a participar con los montoneros, y me anticipó que uno de los objetivos era liquidar a Aramburu, que fue presidente. [...] Me lo, me lo anticipa. Y que era un movimiento de, que quería, tenía, que llegar, a través de, de medios no muy santos al poder y demás. Yo por supuesto que, no se cómo, no fui yo, estoy seguro que yo no fui, fue el Espíritu Santo, yo lo convencí a él de otra cosa. Yo lo convencí a él de hacer cursillos de cristiandad, donde iba a descubrir otra, otra cosa. Porque era un cristiano ¿eh?, él era cristiano. Me acuerdo mucho, el cuarto cursillo de Morón, el cuarto cursillo, yo había hecho el segundo. Y me lo agradeció toda la vida. Si yo hubiese sido una persona un poco floja en ese momento de espíritu, de espíritu y de convicciones yo hubiera estado participando de ese movimiento montoneros ¿no? Con toda seguridad”.

Retomando nuestros interrogantes, propongo dos puntos claves a desarrollar para comprender el caso específico de Morón:

El primer punto, siguiendo la perspectiva bourdieana, la «recepción selectiva»: el impacto del Concilio Vaticano II no causó los mismos efectos a los distintos componentes de la Iglesia. Aunque, objetivamente en sus enseñanzas, tanto el CELAM, como el Consejo Episcopal Argentino dieron prioridad a la justicia social⁵, el naciente Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Morón tal vez privilegió las novedades litúrgicas que presentaba el Concilio Vaticano II y ciertamente lo referente al desenvolvimiento del laico al interior de la Iglesia⁶, insisto en ello, no como una opción exclusivamente voluntaria y consciente, sino más bien como una “*reinterpretación* [la recepción] cuyo principio no es otra cosa que la posición ocupada en la estructura social, en la medida en que los esquemas de percepción y de pensamiento que son la condición de la recepción y que también definen los límites de ella, son el producto de las condiciones de existencia asociadas a esta posición (habitus de clase o de grupo)” (Bourdieu 1971b: 54 y 55). Se evidencia claramente que en Morón los cursillistas no asumieron la lógica de un “partido secreto” de acuerdo a una élite de poder, sino más bien son el reflejo claro de los sectores de clase media en ascenso⁷, en donde gran parte de ellos se descubrieron ofuscados por las “peripecias” peronistas: “...si tengo que clasificarme, yo te diría que soy antiperonista, siempre fui. Pero yo admiraba al tipo peronista, por principios, el idealista, lo admiraba; este tiene la camiseta peronista. Pero no el ventajero, el que inventa una cosa por la otra. Y los mismos peronistas que están tan divididos porque no saben lo que quieren ni lo que son, que uno lo ve ahora tan divididos, completamente, lo único que quieren cada uno es llegar tener su porción de poder...”.

El segundo punto, en tanto «comunidad explícita»⁸: es decir los cursillos funcionaban, parafraseando a Bourdieu, como «estructuras estructurantes», i.e. como un espacio donde afianzar redes interpersonales que permiten la reproducción de cierta matriz integralista, y también como un lugar donde se construye una subjetividad común a través de una experiencia fundacional:

L.G. presenta diversas anécdotas que cristalizan lo anterior: “Yo vivía acá, a unas doce o quince cuadras de acá. Esto habrá sido hace dos o tres años después de haber hecho cursillos. El Movimiento de Cursillos de Cristiandad se identifica, siempre se identifica, es una de las cosas que a nivel humano se estableció, eh, le puso el nombre “De Colores”. “De Colores” porque primeramente, los colores de la vida, por la alegría que traía la gente ¿no es cierto? Entonces, incluso nos poníamos una cinta, un cartelito, nos poníamos en el, en el, coche, en la luneta de atrás, "De Colores". Entonces sabían, "uh De Colores, este hizo cursillos, es De Colores" nos tocábamos bocinas si había otro. En una oportunidad viene una persona, vienen a arreglar frente a mi casa, viene un ingeniero con una persona, con una persona de, eh, de, no sé si era de telefónica, creo que era de Telefónica de Argentina, a hacer un trabajo de un arreglo que tenían que hacer ahí, en, en un poste. Y para una camioneta. Entonces, este, yo salí. Me pongo a conversar con ellos y veo en la camioneta el cartel “De Colores”. -¿Cómo? ¿usted es “De Colores”? ¿hizo cursillos? - Sí. En San Isidro -Yo lo hice en Morón. Nos dimos un abrazo como si nos hubiéramos conocido de toda la vida [...] Claro ¿cuál es el conocimiento? ¿cuál es el hecho? Es que habíamos vivido una circunstancia parecida. En ese cursillo. Entonces nos daba una identidad muy parecida ¿no es cierto?. Entonces, vos ibas, te ibas de vacaciones ¿no es cierto? En ese tiempo yo me iba con los chicos a, a Mar del Tuyo. Íbamos a Misa. Y también. Veíamos a una persona con un crucifijo que también, es un crucifijo nuestro... [...] Te identificaba también. Veíamos a una señora, o alguna persona con el crucifijo: - de colores. Y ya solamente el hecho de, ya está, se establecía, otra, otra dimensión, otra relación. Entonces eso, realmente era una cosa, una cosa muy linda, muy agradable”.

Lugar donde se construye una subjetividad común, pero distinguiéndose de otros espacios religiosos por la relevancia adquirida de los laicos⁹.

En tercer lugar, un aspecto que descubrimos distintivo ante otras propuestas religiosas ha de ser la concepción fundante de la familia. Así como en Argentina la llamada “teología del pueblo” asumió «el pueblo» como categoría de reflexión teológica, y de alguna manera, adquirieron mayor relevancia el compromiso social, o conceptos como «inculturación» y «comunidad»; en Cursillos de Cristiandad se reservó un lugar central para la valoración de la familia (lógicamente, entendida como fruto del matrimonio):

En relación a ello, es interesante observar cómo tanto L.G. como J.P. hacen constantemente referencia a la familia en sus desarrollos. Respecto a la necesidad de que el matrimonio realice el cursillo, vale aquí el siguiente comentario de L.G.: “[la] invitación prácticamente [es] simultánea, siempre es simultánea. Porque en sí es fundamental que lo haga el matrimonio. Porque si no sería, quedaría muy rengo uno sólo haciéndolo y quedaría desubicado delante del otro. Porque hay cosas en el cursillo tan profundas, que llegan tan profundo, que si no se viven no se terminan de entender”.

Tal es la importancia destinada a la consideración de la familia que un requisito excluyente para la realización del cursillo es la participación de ambos miembros del matrimonio. Incluso hasta el día de hoy siguen siendo firmes en

ello para la admisión.

Finalmente, a partir de los encuentros realizados, podemos intuir que el Movimiento de Cursillos promovía cierto ascetismo para sus miembros ligado a la práctica de valores considerados elementales en la vida cristiana: responsabilidad, honestidad, respeto y orden.

Entre las numerosas referencias resulta llamativo que L.G. justamente mencione la ausencia de dichos valores referidos a la etapa peronista. A continuación un breve comentario ejemplificador: “Yo, sin dejar de reconocer las circunstancias que hizo, eh, en favor de cierta gente humilde el peronismo, no comparto la forma, cómo lo hizo ¿no? Para nada, para nada, para nada. Creo que fue el comienzo de la destrucción de este país, eso es verdad. Es una aseveración muy riesgosa de mi parte, pero yo estoy convencido de eso. Con las cosas que fue introduciendo y poniendo ¿no es cierto? [...] En el orden de no poner límites, en el orden del trabajo, empezar a dar, eh, libertades a la gente de hacer lo que quiere. Este, antes posiblemente había abusos, es posible que había abusos, como no. Pero en vez de ir haciendo cosas, este, eh, circunstanciales, de las que el mundo ya traía. Porque estamos hablando del término de la guerra mundial. Eso fue en la época esa, de Perón. [...] Había terminado la guerra mundial. Entonces el mundo empezaba a cambiar. Entonces, ese cambio que tendría que haber sido gradual ¿no es cierto?, él que tenía todo el poder, todo el poder, lo quiso hacer, lo quiso hacer, este, exageradamente violento ¿no?, y de prepo. Y así, así encontró, así como encontró eco favorable, encontró eco en contra ...”.

En el orden de prioridades descubrimos que adoptar este modo de relacionarse, asumir la práctica de este ascetismo, antecede a la integración de nuevos miembros al movimiento:

“...es una vivencia el cursillo, es una vivencia, no es algo para aprender. Se aprende, en definitiva ¿no? Pero es un descubrir cosas, es un descubrir una nueva vida. Así como a mi me sirvió, como cristiano comprometido que yo me consideraba, para ir, haber hecho un cambio así (*realiza un gesto con las manos*) vos te imaginás lo que es para el que no era cristiano, es una conversión total, es una conversión total, pero total. Y esos eran mejores todavía que los cristianos, mejores porque eran un despegar, un despegue ¿no es cierto? Descubrir a Cristo en una misión tan grande los llevaba a hacer cosas maravillosas ¿no?, realmente maravillosas, ser testigos en la vida, sobretodo eso. Todo lo que pretende el movimiento este es eso, ser testigos en la vida, testigos de Cristo. Sin ir con la Biblia bajo el brazo, es decir, la Biblia hay que llevarla (*se toca el pecho*) metida adentro. Y eso hay que hacerlo en el trato diario, en un negocio, en la casa, conversando, dialogando, en la familia. Qué se yo, es así. Y eso considerando de que no hay otra forma mejor ¿no es cierto? de catequizar y de evangelizar a la gente”.

Para terminar vamos a mencionar que por oposición con los “movimientos de liberación” se puede señalar que los cursillistas asumían la finalidad de su accionar no como una opción por la justicia sino más bien como práctica de la virtud (podríamos oponer en términos de los actores “la construcción del Reino”

y la “santidad”). Práctica doblemente necesaria en tanto finalidad religiosa y como elemento clave de proselitismo.

CONCLUSIONES

“Si hay funciones sociales de la religión y si, en consecuencia, la religión es susceptible de análisis sociológico, es porque los laicos no esperan -o no solamente- justificaciones de existir capaces de arrancarlos de la angustia existencial de la contingencia y del desamparo [...] sino también y sobre todo justificaciones de existir en una posición social determinada y de existir como existen, *i. e.* con todas las propiedades que le están socialmente asociadas” (Bourdieu 1971b: 53). Por lo desarrollado hasta aquí podemos concluir que en el caso de Morón la biografía singular de los sectores de clase media en ascenso, testigos del esfuerzo y sus recompensas (en la figura de sus padres); testigos del desorden, del caos y de la prepotencia (en el peronismo y la posterior indisciplina social), se encontraron socialmente predispuestos a abrazar un movimiento que les permitía descubrir «eso que ya llevaban internalizado»,

“Y yo dije, y yo pensaba para mi mientras participé en ese cursillo de tres días, *esto es la Iglesia que yo soñaba para mí*”,

, es decir la necesaria realización personal en la «práctica de la virtud»; la “claridad” para descubrir que la raíz del deterioro del país está vinculado a un modo de ser que no converge con el ser católico; y, finalmente, la necesidad de transmitir esa vivencia al resto de la sociedad . A su vez la Iglesia - refiriéndonos a los especialistas religiosos- encontró un medio de mantener su autoridad y reposicionarse ante las demandas de vientos de cambios.

Lo expuesto hasta aquí deja abiertos muchos interrogantes y es sólo un primer intento de aproximación. Evidentemente esta ponencia intenta ser el punto de partida más que el desenlace de un camino de reflexión sociológica. Mucho trabajo queda por delante.

BIBLIOGRAFÍA

Abásolo, Ezequiel (2006): *El derecho de un nuevo orden social cristiano*, Buenos Aires: Educa.

Bourdieu, Pierre (1971a): “Una interpretación de la teoría de la religión según Max Weber”, en *Intelectuales, política y poder* (pp. 43-63). Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Bourdieu, Pierre (1971b): “Génesis y estructura del campo religioso”, en *Relaciones* nº 108 Otoño 2006 Vol XXVII (Traducción de Alicia Gutiérrez).

Bourdieu, Pierre (1973): “Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase”, en *Intelectuales, política y poder* (pp. 23-42). Buenos Aires: Eudeba,

1999.

CEA: *Documentos del Episcopado Argentino. Colección completa del magisterio postconciliar de la Conferencia Episcopal Argentina*. Buenos Aires: Editorial Claretiana, 1982.

Concilio Vaticano II. Documentos completos. Lima: Editorial Pulinas, 1996.

Di Stefano, Roberto y Zanatta Loris (2000): *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Grijalbo – Mondadori.

Donatello, Luis Miguel (2000): "El lugar de los curas en la constitución política de los montoneros, 1966-1973", ponencia presentada en las X Jornadas sobre Alternativas Religiosas en América Latina, Asociación de Cientistas Sociales de la Religión en el Mercosur, Buenos Aires.

García Lupo, Rogelio (1968): "Los cursillos de cristiandad: partido secreto de Onganía", en *Marcha del Uruguay*. Nº 44, año 8.

Mallimaci, Fortunato (1992): "El catolicismo argentino desde el liberalismo integral a la hegemonía militar", en *500 años de cristianismo en la Argentina* (pp. 195-365), Buenos Aires: CEHILA.

Moyano, Mercedes (1992): "Organización popular y conciencia cristiana", en *500 años de cristianismo en la Argentina* (pp. 369-389), Buenos Aires: CEHILA.

Rapopport, Mario, Et. Alt. (2000): *Historia económica, política y social de la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Macchi.

Zanca, José (2006): *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

-
- 1 La diócesis de Morón fue creada el 11 de febrero de 1957 y hasta el año 1997 abarcaba los partidos de Hurlingham, Ituzaingo, Morón, Merlo y Moreno. El 11 de mayo de 1997 Juan Pablo II erigió la diócesis de Merlo-Moreno desmembrándose dichos partidos de la diócesis de Morón. El primer obispo de Morón fue Miguel Raspanti, un salesiano que priorizó la catequesis en su trabajo pastoral. Lo sucedió Justo Oscar Laguna, tal vez el único obispo con cierto peso que llevo adelante la diócesis. Esto debido a su origen y trayectoria, así como a su relevancia en los medios. Algunos ex-seminaristas del periodo en que él gobernó manifestaron que la intención de Justo Oscar ante la división de la diócesis era "saltar" a la arquidiócesis de Buenos Aires. Por el contrario, en 1998 asume como arzobispo Jorge Mario Bergoglio. Un detalle anecdótico que puede alimentar la hipótesis de su no tan favorable posicionamiento al interior del episcopado es que años más tarde, en el momento en que debía abandonar el gobierno de la diócesis de Morón por mayoría de edad, trascendió en los medios que fue rechazado su candidato a sucesor (el actual Vicario General: Santiago Olivera). Actualmente es obispo de Morón Luis Eichhorn, un obispo que proviene de la diócesis de Gualguaychu (donde anteriormente fue párroco).
 - 2 De manera ilustrativa, desde aquí en adelante presentaremos el testimonio de L.G. L.G. es un cursillista destacado de los comienzos del movimiento en Morón y que sigue colaborando con los Cursillos hasta el día de la fecha.
 - 3 Tanto L.G. como J.P. (cursillista de trascendencia en la diócesis de la generación posterior a L.G.) transitaron, previo a su compromiso con el Movimiento Cursillos de Cristiandad, en distintas instancias de participación política. L.G. se involucró en el surgimiento de la Democracia Cristiana en Morón y J.P. llegó a ser Secretario de Prensa de la comisión interna del sindicato en la fábrica textil "Malaya" en Mataderos.
 - 4 A mi entender considero que de la misma manera en que se privilegiaban ciertos aspectos, también,

-
- se relegaban muchísimas consideraciones: tal vez aquellos puntos referidos al rol de la jerarquía y de la colegialidad del gobierno episcopal, aunque no es una problemática que hemos profundizado suficientemente. Revisar todos los documentos del Concilio Vaticano II, pero especialmente, las constituciones dogmáticas *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia y *Dei Verbum*, sobre la divina revelación.
- 5 En aquellos años salen a la luz dos documentos que hacen explícito lo dicho. Me refiero a los documentos finales de la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en septiembre de 1968 y a la declaración del episcopado argentino sobre la adaptación de las conclusiones de dicha Conferencia General a la realidad del país (comunmente denominado "documento de San Miguel").
 - 6 Ver nota 5.
 - 7 Aunque con orígenes dispares, dos ejemplos ilustrativos de dicha afirmación:
 - 1_ L.G. Hijo de inmigrantes españoles que poseían tierras dedicadas a la agricultura. Con el ascenso del peronismo pierden gran parte de su capital y finalmente adquieren un negocio tipo despensa en el centro de la localidad de Ramos Mejía, sus padres lograron brindarle educación universitaria a él y a todos sus hermanos.
 - 2_ J.P. Obrero textil que en la década del sesenta logra adquirir cierto capital e inicia un emprendimiento con dos socios (siempre relativo a la industria textil). A mediados de los ochenta ya poseen una planta estable de más de treinta empleados.
 - 8 Con el nombre "comunidad explícita" busco contrastar la denominación "partido secreto" propuesta por García Lupo: "Comunidad" en vez de "partido" ya que los miembros no convergen exclusivamente por intereses sino fundamentalmente por ser partícipes de una vivencia común. "Explícita" en vez de "secreto" en tanto la deliberada intencionalidad del Movimiento de Cursillos de ser elementos de socialización de generaciones de cristianos laicos comprometidos con el mundo.
 - 9 Ver nota 14. Ciertamente esto último es un punto a desarrollar y tal vez sería oportuno realizar un trabajo comparativo con otras instancias católicas donde el clero, en una primera mirada superficial, pareciera asumir un rol más relevante.